

PSIQUIATRÍA Y RELIGIÓN

COMENTARIO AL LIBRO DE JOB

(Rev GPU 2017; 13; 1: 82-99)

Arturo Vásquez¹

PRÓLOGO AL COMENTARIO AL LIBRO DE JOB

Introducción al prólogo

Presento este trabajo –además de por sus obvias connotaciones teológicas– con propósitos psicoterapéuticos. Desde que me he ido interiorizando más en la Doctrina Cristiana –la católica en mi caso–, como psiquiatra, he percibido que esta doctrina tiene todos los elementos para hacer o practicar la psicoterapia a los pacientes que consultan en mi especialidad.

Y no podría ser de otra manera. El Señor ofrece su paz –a quienes le siguen– en múltiples pasajes del A.T.: Nm 6:26 («... el Señor te mire con amor y te conceda la paz...»), Sal 37:11 («paz ... a los humildes...»), Sal 62:1 («... la paz ... solo en Dios...»), Sal 62:5 («paz ... pues mi esperanza viene de él...»), Sal 85:10 («el amor y la verdad se darán cita, la paz y la rectitud se besarán...»), Sal 119:165 («los que aman su enseñanza gozan de mucha paz...»), Ba 3:13 («... (en) el camino que Dios te señaló (estarás)... eternamente en paz»).

Jesucristo, el Señor, en el N.T, del mismo modo, otorga su paz, o la promete, o la anuncia: Lc 1:79 (en boca de Zacarías; Cristo, el niño aún, será: «luz ... para dirigir nuestros pasos por el camino de la paz...»), Lc 24:36 (ya resucitado, Jesús saluda: «Paz a ustedes»), Jn 16:33 («... paz en su unión conmigo...»), Rm 16:20 («... así el Dios de paz aplastará pronto a Satanás bajo los pies de ustedes. Que nuestro Señor Jesús los bendiga...»), Ga 5:22,23 («... lo que el Espíritu produce es amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, humil-

dad y dominio propio...»), Ef 2:14 («... Cristo es nuestra paz...»), Flp 4:7 («... así, Dios les dará su paz, que es más grande que lo que el hombre puede entender; y esta paz cuidará sus corazones y pensamientos, porque ustedes están unidos a Cristo Jesús...»).

Entonces, como se ha señalado, la paz es invocada, ofrecida, derramada, en estos pasajes y muchos otros de la Biblia.

Paz y psicoterapia

Ahora bien ¿cuál es el objetivo final de la psicoterapia –esclarecimiento de la conciencia mediante– si no es el conseguir *la paz*? Y con ella, *la alegría* (que brota del corazón, no la fatua), *la paciencia* (que surge espontáneamente, no la autoimpuesta), *el dominio propio* (natural, no forzado o autorreprimido).

Pero conseguir lo recién expuesto es tarea larga que tiene muchas vueltas. La vida misma es el desafío para cada uno de nosotros. No es cuestión de leer y practicar,... ¡y ya estamos listos! Pronto nos damos cuenta que se juega nuestra historia entera en cada evento, en cada interacción de vida.

Por ejemplo, conseguir *la humildad* –la verdadera, la auténtica–. ¿Es fácil ser humilde realmente? ¿O nos ocurre muchas veces que creemos ser humildes, pero en realidad no lo somos en profundidad? ¿O que hemos conseguido cierta humildad, pero fallamos en momentos álgidos o de mayor exigencia?

Puesto que la humildad verdadera está tan relacionada con la paz, así, ocurre que la psicoterapia deberá

¹ Psiquiatra.

incluir el análisis, junto al paciente, *de los momentos en que su falta de humildad* –y contra transferencialmente veremos también la nuestra; la falta de humildad del paciente y la nuestra– *genera la problemática existencial por la que consulta*. Ello, porque esa falta de humildad que aflora produce en el paciente –y en toda persona, sostenemos– momentos de conflicto y de angustia.

En muy diversos textos la humildad aparece como una disposición que se encuentra a la base de otras virtudes. Esta consiste, “no en rebajarse de la propia condición sino en reconocer lo que somos, no solamente en nuestra naturaleza limitada, sino sobre todo en nuestra condición pecadora” (G. Rossi). Este reconocimiento hace al humilde abierto a la acción divina y capaz de llegar con Cristo a la verdadera grandeza –como lo ha planteado San Agustín–; es decir, *crece el espíritu de quien se esfuerza en la real humildad*. Lo que aparece tras la disposición humilde es *la verdad* de cada uno de nosotros. Además, “el ánimo humilde recibe consuelos en la adversidad, reconociéndose digno de sufrir y experimentando el sentimiento de alegría que nace de asentir a la justicia” (A. Manzoni).

Job y la humildad

El *Libro de Job* de la Biblia es conocido como un libro que entrega profunda enseñanza en torno a la humildad, en una encrucijada muy extrema. Como veremos, Job vive al máximo, complicaciones en su vida que semejan situaciones que en algún momento vivimos en menor medida, o tememos, o nos defendemos de ellas; todos nosotros.

Ideal es conocer este libro de la Biblia antes de leer este trabajo. Sin embargo, queda expuesto en lo principal en los diferentes pasajes comentados.

Jung y el libro de Job

Quien escribe ha seguido, como psiquiatra, la obra de Jung en buena medida –muy especialmente cuando hago psicoterapia intensiva–. Pero confrontando a Jung, ya como creyente en Dios, aparecen claras deficiencias en la concepción del mundo junguiano. En el trabajo que presento a continuación estas deficiencias se hacen patentes de modo muy notorio. Se exponen estas deficiencias, acotadas a comentarios de Jung en su libro *Respuesta a Job*, en el curso de este artículo. No obstante lo anterior, es necesario puntualizar que considero a Jung un autor consistente, que con su obra permite entrar con gran profundidad en el camino del análisis espiritual de cada ser humano.

Dificultades en la comprensión del libro de Job

Pero este precioso libro de la Biblia, que muestra de modo diáfano las debilidades que compartimos todos los seres humanos, tiene algunas dificultades en su comprensión. En ellas entramos en este trabajo. Para ello, apoyándonos en comentarios de Biblias clásicas y en otros documentos como la Carta Apostólica del Papa Juan Pablo II. Incluso refutando la posición interpretativa de una Biblia más actual.

La psicoterapia vista como la forma de relacionarse el hombre con Dios

Finalmente señalemos que este artículo quiere también entrar en el modo en que los hombres podemos relacionarnos con Dios, si damos por establecida su existencia. Al hacerlo, inauguramos un modo nuevo de vivir nuestra vida, dejando atrás el exceso de fría intelectualización que caracteriza al mundo contemporáneo.

Este modo nuevo está –de modo natural– lleno de luz. Esa luz es *la manera en que cada persona empieza a experimentar la forma “viva” de relacionarse con Dios*. Por supuesto, también puede ser visto esto último como *psicoterapia*.

Citas de artículos no publicados

No me es posible argumentar por completo cada afirmación hecha en el texto sin hacer un largo paréntesis que entronca en exposiciones anteriores no publicadas. Espero ir publicando dichos trabajos. Sin embargo, es posible entender lo esencial que se arguye sin haberlos leído. Me ha parecido, pese a lo anterior, que es mejor dejar dichas citas, en la esperanza que estos artículos salgan a la luz en el futuro. Entonces, quien relea este trabajo podrá acudir a los artículos citados como guía. Ellos serán colocados como “Apéndices” en la bibliografía –apéndices que por ahora no están en el presente artículo, como explico–, adelantando sí la posibilidad que alguna vez se incluyan en un texto único.

Temática escatológica

Finalmente, el artículo también incorpora temas relacionados con el esclarecimiento del papel de la justicia en nuestras vidas. Lo anterior, puesto que la historia relatada por el Libro de Job tiene a la justicia o injusticia de lo vivido por Job como tema central. De soslayo también se entra en el tema de la realidad o irrealidad –y límites– del diálogo con Dios que pueda iniciar cualquier cristiano.

INTRODUCCIÓN AL COMENTARIO AL LIBRO DE JOB (INCLUYENDO LA CRÍTICA A “RESPUESTA A JOB”, DE C.G. JUNG)

1. De los libros sapienciales de la Biblia, creemos que *El Libro de Job* se constituye en uno de los centrales por la enorme sabiduría que contiene (*obra maestra* de la sabiduría dice el Prólogo_Ref.1; pág. 726).

Sabio, tanto por su contenido en cuanto a la comprensión acerca de aspectos esenciales de la justicia divina, y del modo en que esta justicia colinda con el crecimiento espiritual que deviene con la experiencia de vida de cada uno de nosotros; como también sabio por la forma en que toda la estructura de la historia ahí desplegada lleva a la conclusión final. Y también por el aprendizaje que implica para cada uno cuando se le lee con plena comprensión.

Pero, más aún, nos parece que este Libro de Job es también el que muestra con mayor atrevimiento lo que debiera ser la relación que un cristiano establece con Dios en el diálogo que con Él debemos tener al orar; o en todo momento. Y este segundo punto está en falencia severa en todos nosotros los cristianos, a la luz de su ejemplo.

Por lo anterior, parece importante expresar que –por lo escuchado por quien escribe en prédicas y homilias en nuestra Iglesia Católica– este Libro de Job sea comprendido de modo solo “tan general” –es comprendido solamente como el “modelo del hombre que sufre”, y del sufrimiento– por una amplia mayoría de los sacerdotes católicos. No quiero decir que la mayoría de los clérigos no entiendan su significado; sí es entendido, pero a veces se escamotea a esa comprensión la esencia sutil y más específica sobre la naturaleza de la relación entre el hombre y Dios relación que emerge desde una lectura perspicaz e informada del libro bíblico de Job. Iremos a ello en detalle en el transcurso de este trabajo.

2. Pero lo expuesto arriba sobre cierta incompreensión –o al menos, comprensión superficial– del libro por algunos religiosos palidece en su importancia –y lo que viene sí escandaliza internamente en demasía, *por su repercusión futura posible o eventual* si ello no es corregido o refutado– cuando se revisa un comentario al pie de una versión de la Biblia muy actual: “La Biblia de Nuestro Pueblo” (Rf. Texto de Luis Alonso Schökel. Equipo Internacional. Décima Edición. Ediciones Mensajero. 2011) (Como “Biblia BNP” en el texto de este artículo). El comentario está en la página 1621, al pie. Dice:

“32,1-37,24 Discursos de Elihú. Job ha terminado su defensa pidiendo una respuesta de Dios. ¿Qué va a suceder ahora? Cuando menos se esperaba, aparece un intruso llamado Elihú. Se trata de un joven colérico que, aparentemente, ha estado escuchando el debate y no puede contenerse más. Irritado por lo que acaba de oír, está reventando por meter baza en el asunto (32, 19). Y lo hace con cuatro discursos que, aunque no dicen nada nuevo, manifiestan su convicción, su apasionamiento y su abundante verborrea” (destacado nuestro, “s.n.”, en adelante).

¿Por qué escandaliza este comentario? Lo veremos adelante en la exposición, pero lo diremos brevemente ahora. Porque llamar el discurso de Elihú “verborrea” –y agregar que “no dice nada nuevo”– implica nada menos que no entender que ese discurso de Elihú es realmente un preámbulo explicativo de la intervención Divina posterior; intervención –la de Dios– que concluye el libro de Job; y que termina por esclarecer su propósito al interior de la Biblia.

Sin la intervención de Elihú, el discurso del Señor incluso pudiera aparecer como extemporáneo –como veremos que pareció a C.G. Jung; y lo expone en su libro “Respuesta a Job”– (ver ref. 5).

Ahora bien, el presente comentario sobre Elihú –que en parte propondremos en el presente artículo– no es solamente del autor del presente trabajo; citaremos a nuestra vez tres comentarios al pie de tres versiones bíblicas, más antiguas pero muy autorizadas (ver ref. 1, 2 y 4), que confirman lo que aquí estamos afirmando.

Así, estimamos grave que una Biblia de aparición muy reciente con comentarios y traducción actualizada tenga este error manifiesto de interpretación. Entonces, aunque solo fuera por la última consideración, nos parece justificado que salga a la luz el presente trabajo.

FUENTES DE ESTE TRABAJO (REF.)

- 1) The Jerusalem Bible. Doubleday & Company Inc. Garden City, New York. General Editor Alexander Jones. Library of Congress Catalog Card Number 66-24278. Copyright © 1966.
- 2) La Sainte Bible. Société de S. Jean L’Évangéliste. Traduction L’Abbé A. Crampon. Edition révisée par des Pères de la Cie. De Jésus avec la collaboration de Professeurs de S. Sulpice. Copyright © 1923 by Desclée & Co., Paris – Tournai – Rome.
- 3) La Biblia de Nuestro Pueblo. Texto de Luis Alonso Schökel. Equipo Internacional. Décima Edición. Ediciones Mensajero. 2011. (“BNP”, abreviada en el texto).

- 4) La Biblia Latinoamericana. Edición Pastoral. Sociedad Bíblica Católica Internacional. Editorial Verbo Divino. Navarra. España. 1972.
- 5) Respuesta a Job. Por C. G. Jung. Biblioteca de Psicología y Psicoanálisis; dirigida por Erich Fromm. 1ª edición en Español 1964; de la 1ª edición en Alemán 1952. Traducción de A. P. Sánchez P. Fondo de Cultura Económica. México – Buenos Aires.
- 6) Sagrada Biblia. Bajo la dirección de los padres Pedro Franquesa y José M^a. Solé Misioneros Claretianos. Coordinación P. Jorge Pijoán y Sr. F. García M. Editorial Regina Málaga 1965. España.
- 7) Jamieson Fausset Brown, Bible Commentary. DAVAR3. Compiled 2009. Copyright © 1999 – 2009 Josef Planeta, Lelekovice, Czech Republic. <http://www.davar3.net>

He colocado las referencias al comienzo y no al final del trabajo con el objeto de hacer algunos alcances sobre ellas.

- A. Veremos con cierta extensión el libro “Respuesta a Job” (ref. 5) del psiquiatra C. G. Jung (muerto a los 86 años, en 1961). Este libro, escrito ya en las postrimerías de la vida de Jung, llama la atención por la desfachatez y desconsideración con que se refiere Jung a Yahvé. Sus críticas, muy tajantes y desmedidas, apuntan a la falta de justicia y al maltrato de que es objeto Job. Sin compartir la forma de las críticas, por lo extremas, soberbias y destempladas, es interesante conocer el libro en detalle porque es posible rescatar dos aspectos que vienen al caso en el presente artículo:

1. Jung toma “en serio” la historia de Job. La considera al modo de los que ahora suelen llamar un “fundamentalista”. En ningún momento habla de algo como “el autor de esta leyenda” o de este “cuento sabio”; o, como lo expresa literalmente la BNP (Biblia. ref. 3; pág. 1573), *“es la pasión que un autor genial, inconformista, ha infundido en su protagonista. Disconforme con la doctrina tradicional de la retribución ha opuesto a un principio un hecho, a una idea un hombre”*. No es que descartemos de plano como inválido el modo –contemporáneamente muy frecuente– de referirse a muchos libros de la Biblia (Tobías, Judith, Ester, y los libros históricos deuterocanónicos en general) como “historias sabias” y no como realidades de las que se ha hecho un reportaje. No lo descartamos como un modo viable de comentar libros

como el de Job (libro sapiencial), principalmente porque el sentido de la historia narrada y su enseñanza persisten (como están presentes –a plenitud– en las parábolas de Jesús) en el modo nuevo de hacer la exégesis. Pero es muy estremecedor cuando –al modo antiguo, como lo hace Jung– consideramos la historia como vivida realmente por el protagonista. Porque, al fin y al cabo, ¿podemos estar seguros de que es una ficción de un autor genial o una semblanza de una historia real –o de varias– cogidas en su esencia, o resumidas, por el autor bíblico?

Por lo demás, este planteamiento destacado en el último párrafo es compartido por otros exégetas de Biblias Católicas. Así, en la introducción de Job incluida en la ref. 6; pág. 813, dice textualmente:

“Género Literario: Fundamentalmente el libro de Job es un escrito didáctico. Lo cual no quiere decir que se pueda negar de manera absoluta la existencia de Job. Además del descubrimiento del nombre en El-Amarna y la alusión de Ezequiel 14, 14 (La Biblia de Jerusalén da la referencia Ezequiel 14, 14 y 20) y el apéndice de los LXX que le coloca en la tierra de Us, está, sobre todo, el origen de las tradiciones orientales, tomadas generalmente de hechos reales” (s. n.)

2. Jung, de modo francamente irreverente sin duda, se transforma en “un defensor protestatario de Job”, en cierto modo. Es decir, se pone del lado de Job hasta el extremo de “acusar a Dios de injusto” de muy variadas formas. Claro que peca de soberbio –a diferencia del justo Job– respetuoso de Dios, especialmente al final; y quien –luego de vivida la experiencia– probablemente no avalaría lo escrito por Jung. Es soberbio Jung porque pretende ponerse en el lugar de Dios. Este último fue –nos parece que desafortunadamente hasta el final de sus días el– defecto mayor de Jung, pese a la penetración de sus escritos. Pero hay un lado rescatable en este transformarse en “abogado de Job”, de Jung. Es el lado de “protestar de nuevo” (en el mundo moderno), por así decirlo, por lo sufrido por Job. A revisar ello nos abocaremos en el presente trabajo.
- B. Las Biblias de Jerusalén (en inglés la ref. 1) y la Santa Biblia (en francés la ref. 2), y la Biblia Pastoral

Latinoamericana (ref. 4) –aunque más antiguas– son tres biblias con comentarios al pie hechas por muy reputados exégetas. No cabe, simplemente y de una plumada, modificar sus conclusiones; como lo ha hecho la Biblia (BNP, de la ref. 3), objeto de nuestra crítica. Citaremos los comentarios de la Biblia referidas para justificar algunos de nuestros propios comentarios. Ha sido para quien escribe muy satisfactorio encontrar coincidencia en ellos con nuestras propias conclusiones –anteriores estas a la lectura de dichos comentarios–.

- C. Finalmente se encuentra el comentario encontrado en un software especializado en Biblias (DAVAR3). También nos acompañará en nuestro propósito de comentar a Job.

PRIMERA PARTE. EL SENTIDO DE LA HISTORIA DE JOB

Lo manifiesto en el libro de Job

En el análisis que se hace de un texto o de una idea conviene ir siempre desde lo más general a lo particular; o de lo más obvio –o grueso– a lo más sutil.

Siguiendo la línea señalada, creemos plenamente esclarecedor lo expuesto por el Papa San Juan Pablo II en la Carta Apostólica *Salvifici Doloris* (11-02-1984).

Nos apegamos acá a un trabajo escrito por nosotros anteriormente (*Apéndice a*, incluidas en la bibliografía, al final del presente trabajo) en el acápite “El sufrimiento y el Castigo”:

“Se puede leer directamente en la Carta Apostólica el detalle de la espléndida exposición que viene a continuación, pero en esencia afirma *Salvifici Doloris* en su párrafo 10 que, en un primer esclarecimiento en la Revelación del Antiguo Testamento –encontrando su expresión más viva en el libro de Job–, ahí, digo, se sostiene que ‘... el sufrimiento se abate siempre sobre el hombre como pena por el reato; es mandado por Dios que es absolutamente justo y encuentra la propia motivación en la justicia’.

Así, el punto de referencia del libro de Job, ‘... es la doctrina expresada en otros libros del Antiguo Testamento, que nos muestran el sufrimiento como pena infligida por Dios a causa del pecado de los hombres. El Dios de la Revelación es Legislador y Juez en una medida tal que ninguna autoridad temporal puede hacerlo’ (“doctrina de la Retribución” nota autor). Lo anterior ya que él es el Creador, y de quien, junto con la existencia

proviene el bien esencial de la creación. Y sigue diciendo *Salvifici Doloris*:

‘Por tanto, también la violación consciente de este bien por parte del hombre es no solo una transgresión de la ley, sino, a la vez, una ofensa al Creador, que es el Primer Legislador’.

Y a continuación viene lo que resulta esencial para entender que aún ahora durante la Nueva Alianza este primer esclarecimiento sigue plenamente vigente:

‘Tal transgresión tiene carácter de pecado, según el sentido exacto, es decir, bíblico y teológico de esta palabra. Al mal moral del pecado corresponde el castigo, que garantiza el orden moral en el mismo sentido trascendente...; ‘... o sea que Dios es un juez justo, que premia el bien y castiga el mal’ (s. n.).

Entonces, en la opinión manifestada por los amigos de Job ‘... se expresa una convicción que se encuentra también en la conciencia moral de la humanidad: el orden moral objetivo requiere una pena por la transgresión, por el pecado y por el reato’.

En síntesis, *Salvifici Doloris* afirma entonces que en primer lugar el sufrimiento (en la forma de enfermedad o dolor del alma o físico de cualquier índole) puede ser permitido (‘enviado’) por Dios como castigo.

Más adelante, mostrando *Salvifici Doloris* que ya en Job emerge una respuesta a que este sufrimiento entendido como castigo no resulta ser el único sentido de este (puesto que Job es inocente), expresa textualmente que siendo el de Job ‘... el sufrimiento de un inocente; debe ser aceptado como un misterio que el hombre no puede comprender a fondo con su inteligencia’. Pero a la vez sigue diciendo que, ‘El libro de Job NO desvirtúa las bases del orden moral trascendente, fundado en la justicia, como las propone toda la Revelación en la Antigua y en la Nueva Alianza’ (s. n.). Y concluye *Salvifici Doloris* con excelsa claridad:

‘Si es verdad que el sufrimiento tiene un sentido como castigo cuando está unido a la culpa, no es verdad, por el contrario, que todo sufrimiento sea consecuencia de la culpa y tenga carácter de castigo’ (s. n.).

¿Qué resulta ser entonces este castigo a Job? La última afirmación del penúltimo punto aparte del párrafo 10 de la aludida Carta Apostólica lo dice con toda claridad: ‘El sufrimiento tiene (aquí) el carácter de prueba’ (s. n.).

Y explicando también que: ‘Si el Señor consiente en probar a Job con el sufrimiento, lo hace para demostrar su Justicia’.

Casi al terminar los puntos destacados en esta comunicación, da cuenta *Salvifici Doloris*, ya en el párrafo 12, de un tercer aspecto del sufrimiento. Se trata del papel que juega el sufrimiento en beneficio de nosotros, en beneficio del hombre. De este modo permitiendo adentrarse en la comprensión de lo siguiente: siempre la enfermedad o dolor del alma que padecemos está perfectamente “dosificado” por Dios, con un objetivo.

Al respecto, dice *Salvifici Doloris*, ‘Ya en el Antiguo Testamento notamos una orientación que tiende a superar el concepto según el cual el sufrimiento tiene sentido únicamente como castigo por el pecado, en cuanto se subraya el valor educativo de la pena-sufrimiento’ ... ‘Los castigos no vienen para la destrucción sino para la corrección de nuestro pueblo’ (s. n.).

Agregando más adelante en el mismo tenor: ‘Así se afirma la dimensión temporal de la pena. Según esta dimensión, la pena tiene sentido no solo porque sirve para pagar el mismo mal objetivo de la transgresión con otro mal, sino ante todo porque crea la posibilidad de reconstruir el bien en el mismo sujeto que sufre’ (s. n.).

Y continúa en el punto aparte siguiente, ‘Este es un aspecto importantísimo del sufrimiento. Está arraigado profundamente en toda la revelación de la antigua y, sobre todo, de la nueva alianza. El sufrimiento debe servir para la conversión, es decir, para la reconstrucción del bien en el sujeto, que puede reconocer la misericordia divina en esta llamada a la penitencia’ (s. n.).”

Desde lo grueso a lo sutil del libro de Job

Esta prolongada cita de un trabajo anterior viene al caso. Como se ha podido ver, la cita es en realidad principalmente una cita sobre la Carta Apostólica *Salvifici Doloris*, carta esta al parecer muy olvidada por quienes escriben comentarios bíblicos al pie de las nuevas biblias, como por ejemplo la BNP ya citada.

Con la cita anterior queda reafirmada la primera consideración sobre el libro de Job, que todos los comentarios bíblicos retoman: lo que Job sufre es una prueba de Dios. Pruebas, permanentes –aunque probablemente no de la magnitud de la experimentada por Job– que recibiremos en algún momento de nuestras vidas todos los cristianos, entremezcladas con las múltiples vicisitudes de nuestra existencia.

La segunda aclaración, destacable desde *Salvifici Doloris*, es que esclarece el papel del sufrimiento en todo ser humano: el sufrimiento nos vuelve a traer al

fiel del camino correcto; al fiel de la espiritualidad diáfana. Por medio del sufrimiento Dios nos reconvierte desde nuestras desviaciones materialistas, y de los deseos espurios de diferentes tipos. Nos aproxima cada vez más a la perfección divina. No se trata solamente de ser o no “intachables”; como se supone a sí mismo Job. Se trata también de la actitud profundamente humilde que faltaba en Job –como veremos–.

Por lo anterior, sorprende el comentario que al respecto se puede leer en la mencionada Biblia BNP. Claro, incluso en el prólogo –en el párrafo acerca del significado del libro de Job– se permite esta Biblia afirmar:

“Por una parte, nosotros los lectores conocemos desde el principio la respuesta al caso que Job plantea: sus sufrimientos son una prueba (1, 9). Por otra, el problema no tiene respuesta en el contexto del libro. Si la finalidad del escrito fuera solamente esta, podríamos considerar el libro como un fracaso” (pág. 1575 ref. 3) (s.n.).

Lo destacado por nosotros quiere señalar que lo que a los comentaristas de la Biblia BNP –esto es, que se trate de una prueba– les parece tan obvio porque según ellos se sabe desde el comienzo, cuando ya el Demonio le dice a Dios sobre *su propia interpretación* (es decir, la del demonio) sobre la religiosidad aparentemente “fácil” de Job basada en que Dios no ha tocado sus bienes y posesiones; eso nosotros no lo vemos tan evidente como ellos quieren verlo.

Así, este autor cree que es la historia misma la que esclarece la índole de la prueba, después de los diálogos diversos. Y lo muestra en el sufrimiento de Job transparentado en sus discursos. Además –contrario a lo planteado por la Biblia BNP– el problema sí tiene respuesta en el contexto del libro. El contexto del libro permite afirmar que Dios puede enviar las pruebas cuando lo estime conveniente; y que hubo el resultado que Dios esperaba: Job se hace más humilde de lo que ya era. La Biblia BNP no ve lo afirmado arriba con claridad porque justamente no ve las imperfecciones de Job mostradas por Elihú, a quien la Biblia BNP considera un intruso y un verborreico.

Agreguemos que, al no verse que Job se hace realmente más humilde después de la prueba, da cabida a posturas como la de Jung.

Así, concluye erróneamente la Biblia BNP que el libro mirado desde el punto de vista de ser considerado como la trama de la “prueba de Job”, debiera ser visto como un fracaso (pág. 1575 ref. 3, en la Introducción a Job). Lo anterior solo puede afirmarlo al no ver la Biblia BNP la importancia que tiene para el lector leer lo

expuesto por Job como clara muestra de su enorme sufrimiento. Es que la Biblia BNP se queda solo con la partida que da Satanás a la historia, con la interpelación a Dios. Veremos que no es ese el verdadero motivo de la prueba a Job. Ese es solo el motivo superficial; o, si se quiere, el motivo “mundano”.

Dios no inicia la prueba solo por la provocación de Satanás

Comenzamos afirmando lo siguiente, como ya se ha adelantado en parte: La Biblia BNP no es capaz de ver que Dios NO está iniciando la prueba porque Satanás esté mostrando a Dios algo que Él no viera. Curiosamente, el planteamiento de la Biblia BNP es el mismo que el planteamiento de Jung en su libro –como más adelante veremos–. (ref. 5).

La interpelación de Satanás es solo para la mejor comprensión de nosotros, quienes leemos el libro. La verdadera razón de que Dios permita la prueba a Job se encuentra tanto en los diálogos de los tres amigos de Job como –y muy especialmente– en la intervención de Elihú. La intervención final del mismo Dios solo constituye un recordatorio de ser Él mismo nada menos que el Creador del Universo.

Veremos más adelante que esa intervención (la Divina) tiene un ángulo poco visto en quienes interpretan el texto bíblico.

Así, el discurso divino quiere expresar que Dios no puede ser ajeno a cada evento en este proceso de desenvolvimiento del universo; de su curso. Dios está imbricado (véase Apéndice b) tan estrechamente con nosotros, que incluso el demonio debe su existencia sólo a nuestras debilidades. Aparece en el libro como si estuviera externo a nosotros, casi a la altura de Dios, porque somos nosotros mismos quienes a ratos nos preguntamos por personas del modo como el demonio dialoga con Dios en el comienzo. Lo ponemos afuera porque el proceso de ver que “somos nosotros mismos” quienes damos lugar a las interpelaciones demoníacas, es duro y arduo en la vida de cada uno de nosotros. Es más fácil ponerlo afuera.

Y, sin embargo, también es posible, paradójicamente, afirmar que el demonio se encuentra realmente afuera, porque colectivamente “somos todos los del Pueblo de Dios” quienes tenemos debilidades semejantes; debilidades que los grandes Santos han logrado subyugar en gran medida. El mal se origina en nuestro interior, como ya Jesucristo lo afirmara (cf. San Mateo 15:11), pero entonces –por lo arriba expuesto– finalmente está el demonio también en el mundo exterior; como el mismo Cristo lo confirma en infinidad de pasajes bíblicos.

Lo anterior, también, porque existen personas que no combaten sus propias debilidades y malas inclinaciones. Las tinieblas son el camino de estas personas, entonces. Almas perdidas. El demonio tiene entonces donde afincarse como entidad real externa.

Pero volvamos a Job. Dios está conforme con Job al final del diálogo (digamos que la Biblia BNP ve correctamente esta parte). Lo importante para Dios: Job ha sido sincero con lo que siente. Se ha quejado, en algún momento perdiendo la perspectiva de que dialoga con el Omnipotente, con el Absoluto, pero sus quejas no han sido formales o reservándose lo más cierto. Es decir, ha dicho la verdad; lo que cree realmente. Por el mismo motivo, aunque severo en recordarle con quien está dialogando, Dios lo rehabilita al final. Pero hay motivo adicional para la rehabilitación, que veremos más adelante.

Hasta aquí lo que recalcan, en general, todos los comentarios al pie de cada Biblia. Job es sometido a una prueba que logra sortear después de gran sufrimiento y dudas muy humanas sobre su vida, su trayectoria; y el aparente abandono de Dios.

El papel de Elihú

Los amigos de Job –como se encarga de dejarlo perfectamente claro el Papa Juan Pablo II en su Carta Apostólica (arriba sintetizada en lo que dice relación con el Libro de Job)– resumen en sus diálogos la doctrina de la retribución. Pero si Dios al final los reconviene hasta el punto de pedirle al justo Job que haga una ofrenda para que sean perdonados por sus deficiencias; *ello significa que algo no es plenamente perfecto en todo lo que los amigos de Job hubieron expresado*. Veremos ahora qué fue lo imperfecto.

Es Elihú quien se encarga –justo antes en el texto de la intervención final de Dios– de esclarecer lo que no es plenamente correcto en lo expresado por los amigos de Job; y por el propio Job. Por ejemplo, cuando expresa Elihú:

“Job ha dicho: ‘el hombre no saca provecho en estar en gracia de Dios’. Por eso, ustedes que saben pensar escúchenme: Lejos de Dios el mal, y del Omnipotente, la injusticia. Porque él retribuye la obra del hombre y trata a cada uno según su conducta” (Job 34:9-11; ref. 4). (s. n.).

¿Qué es lo imperfecto en los amigos de Job, y en Job, en general? Básicamente, que sus amigos no mostraron a Job en los diálogos con este que el problema de Job es sentirse sin tacha; sentir Job –y muy seguro

de ello— que no existe motivo para que Dios lo haga pasar por los terribles momentos que vive. Entonces, es humilde pero no lo suficiente. De algún modo “se sentía merecedor” —y dueño— de las muchas Gracias y Dones que Dios había depositado en él.

Los amigos de Job responden con conocimiento real —aprendido de seguro principalmente en libros y observaciones externas— acerca de la doctrina de la retribución; pero no calan sobre las respuestas concretas de Job, como hace Elihú.

Veremos en el párrafo siguiente que Elihú sí muestra concretamente a Job sus deficiencias. Así, dice Job, planteándose en el texto lo que ocurriría si pudiera encontrarse con Dios en algún lado:

“Reconocería que su demandante es un hombre recto y yo para siempre me libraría de mi juez” (Job 23:7. Ref. 4).

Job se refiere a Dios como juez en el párrafo citado.

Entonces, lo que hace —en vez de preguntar una y mil veces a Dios qué es lo que hay en él mismo que deba ser corregido; o reflexionar sobre ello— Job “rasga vestiduras” solo quejándose de su destino como “justo maltratado sin motivo”. En ningún momento considera que algo puede haber en él —pese a ser realmente un justo— que necesita corrección, o que necesita ser “desgastado” o limado por el sufrimiento hasta que brille en sí mismo (en Job) la perfección a mayor plenitud de lo que antes brillaba.

En suma, Dios jamás habría consentido al Demonio que diera lugar a las pruebas a las que dio si la perfección del justo Job estuviera terminada.

Tanto faltaba a esa perfección, que Job se permite hacer afirmaciones como las siguientes —que dan cuenta de la imperfección de Job—: “Llevo en mí las flechas del Omnipotente, mi espíritu bebe su veneno” cf. Job 6:4; “... ¿por qué me has tomado como blanco de los golpes?” cf. Job 7:20; “¿no puedes soportar mi falta y hacer la vista gorda ante mi pecado?” cf. 7:21. Es decir, Job no solo culpa a Dios de sus males sino que se considera un blanco casi arbitrario y antojadizo de los golpes que —siempre según Job— le da El Altísimo.

La perfección de Job (o si se quiere “su perfeccionamiento”; su “reconversión” como dice *Salvifici Doloris*) termina —o se completa— justamente cuando pese a la intervención “casi prepotente” de Dios (a juicio de Jung, veremos ello), el justo Job —Santo Job nos parece ya, después de la prueba— se muestra plenamente humilde en su intervención final, aun teniendo el conocimiento previo —sin duda— de lo que Dios le expresa en

la intervención divina con que concluye el Padre. Dice Job, después de la intervención final de Dios:

Yo te conocía sólo de oídas; pero ahora te han visto mis ojos. Por esto, retiro mis palabras y hago penitencia sobre el polvo y la ceniza” (Job 42:5,6; Ref. 4). (s. n.).

O sea, ahora con extrema humildad expresa Job lo que arriba citamos.

La forma en que Dios interviene.

En este último punto conviene detenerse: la intervención divina es un texto que está entre Job 38 y 41. *Pero Job no afirma haber “escuchado” sus palabras* —el caso de nosotros ‘los lectores’— que leemos (escuchamos) el texto—: Job afirma: *te han visto mis ojos*.

¿Qué significa esto? Sostenemos aquí que ello significa que lo que es texto en la Biblia, Job lo vivió como experiencia de contemplación. En otras palabras, Dios escuchó en tal medida a Job, que no solo le habló, sino que le permitió vivir una experiencia contemplativa. O, en otras palabras, una experiencia extática.

Una experiencia de esta índole es de tal forma estremecedora que cuando Santo Tomás de Aquino la experimentó al final de su vida, afirmó algo como que destruyeran o eliminaran todos sus escritos. Que poco valían —según él— después de vivir dicha experiencia. O sea, hubo una metanoia final —previa a su muerte— en Santo Tomás.

Así, sostenemos aquí que hubo también una metanoia en Job.

Lo anterior creemos que permite sopesar mejor la “brusca comprensión” que Job tiene, luego de un discurso divino que contiene todo lo que —como ya hemos dicho— sin duda Job ya sabía.

Dejémoslo claro de nuevo: Es transparente que Dios no parece haber dicho nada nuevo en su discurso final para cualquiera que conozca la Biblia, incluso medianamente. Por ello es translúcido también que Dios se lo dijo, y se lo mostró al justo Job, vivencialmente; o mejor aún: experiencialmente.

Elihú, o la voz de Dios para los lectores.

Y aquí volvemos con Elihú. Tan trascendente es lo expresado por Elihú que han pensado algunos estudiosos de la Biblia que ese pasaje fue añadido posteriormente (ref. 1; pág. 765, al pie: 32 a). Sin que ello importe para los fines de este artículo, es claro que este “joven” (símbolo de lo no contaminado con la edad) se expresa con ma-

por brevedad y más nuclearmente que los doctos amigos de Job, que recitan sus discursos solo apelando a un conocimiento aprendido, pero escasamente vivido.

Además, mostrando a Job su falta de humildad, –como en el párrafo precedente anotábamos– en Job 33.9 – 33.11, Elihú examina las afirmaciones de este acerca de considerarse puro y limpio de culpa acusando a Dios de “buscar pretextos” para tomarlo como enemigo; e incluso “ponerle trabas a mis pies”. Diciendo Elihú que dichas quejas no valen “pues, ¿cuánto supera Dios al hombre?”. Haciéndole presente más adelante (Job 33,15 – 33.17) que “en visión nocturna, cuando desciende el sueño sobre los hombres, mientras los humanos duermen en su cama, él les abre el entendimiento, y los espanta con apariciones para retraerlos del mal y apartarlos del orgullo” (s. n.).

La pregunta de Elihú arriba reproducida –contrario a lo que puede pensarse luego de una mirada superficial– es muy aguda. Claro, el solo plantearse que se pueda dialogar de igual a igual con Dios sin tener las reservas de conciencia suficientes acerca de la mera posibilidad real de dicho diálogo, significa olvidar que Dios es Omnímodo (está en todo) y Omnisciente (al ser Dios, *Eterno*, “perfora” el Tiempo, sojuzgándolo indirectamente). Es decir, que Dios está –por esencia– imbricado en todo cuanto hacemos. Que lo penetra todo. Que, como dice el Salmo, Él sabe desde antes que comencemos a dialogar lo que le vamos a preguntar. Que su inteligencia es tan inconmensurable que nuestros planteamientos tendrán necesariamente una insuficiencia radical basal (véase Apéndice b).

Así, el final del párrafo precedente al anterior, muestra al lector de la Biblia que Dios está pendiente de todos los hombres –especialmente de los justos, claro está– instruyéndolos incluso en su cama durante el sueño, como sabemos bien los psiquiatras que hemos estudiado los sueños y su significado.

La Biblia de Jerusalén menciona también la falta de humildad de Job, en comentario al pie de Job, cuando dice:

“Si Dios no ayuda (a los oprimidos) es porque ellos no tienen confianza en él; el orgullo ha endurecido sus corazones” (ref. 1; pág. 769; “c”; 35:9) (s.n.).

Y finalmente en Job 33.33, termina Elihú diciendo a Job que lo escuche porque le enseñará la sabiduría. Para nosotros es claro que lo que se escribe en los párrafos de la intervención de Elihú es “sabiduría aplicada”. O sea, es la voz de Dios puesta en boca de Elihú para los lectores.

Comentarios al pie de otras versiones bíblicas sobre Elihú

Refrendando el punto de vista expresado acá, dice el comentario a Job 32.1 y 33.1 de la Biblia Pastoral Latinoamericana (Ref. 4: pág. 716 y 717); refiriéndose a Elihú:

“Pareciera que considera la discusión anterior como demasiado teórica, y prefiere destacar el aspecto pedagógico del obrar divino: muchas situaciones que nos parecen injustas dejan de serlo si superamos nuestras primeras impresiones. Recuerda también que Dios, si bien no se manifiesta, sabe darnos advertencias.” Y luego de continuar citando a Elihú, termina expresando: “La realidad es que a Job le falta tener la justicia evangélica, que es el amor humilde a Dios”.

Y en 33.1 agrega el comentario (ref. 4, pág. señalada): “Te crees inocente, pero seguro que no has hecho caso de las advertencias de Dios. A pesar de que Dios está fuera de nuestro alcance, no deja de comunicarse con nosotros por mediación de sus «ángeles» (mensajeros), es decir, los sueños, las inspiraciones, los encuentros. El hombre que se queja de Dios es el mismo que no supo ver ni escuchar, y que no ha sido capaz de recibir estos mensajes de Dios que son las reprensiones y consejos de nuestro prójimo cada vez que nos corrige fraternalmente. Elihú muestra cómo la prueba es, para todos, una lección de humildad (36, 1 – 21)” (s. n.). The Jerusalem Bible también deja entrever a Elihú como anticipando la respuesta divina cuando al pie comenta:

“Los argumentos de Elihú, de estilo y vocabularios muy diferentes al del diálogo (se refiere a los amigos de Job en su diálogo con Job), en ciertos pasajes anticipan el discurso de Yahveh” (pág. 765; ref. 1; 32 a)(s.n.).

Finalmente la Sainte Bible de la ref. 2 es muy explícita en el comentario en la pág. 653 al pie, cuando dice:

“Job es castigado, no por grandes crímenes o pecados, sino por no haber tenido su corazón bastante humilde delante de Dios. Él falló en corregir un defecto que él mismo ignora. Y las amargas quejas a las que Job se deja llevar, son el índice cierto de esta disposición interior de su corazón. En la medida que Job se arrepienta, Dios volverá a favorecerlo. Tal es el fondo del pensamiento desarrollado en el discurso de Elihú. Elihú, más que pronunciarse sobre el caso de Job, juzga sobretodo el lenguaje que el propio Job tiene.” (s.n.).

SEGUNDA PARTE. LAS PROTESTAS Y ACUSACIONES DE UN DEFENSOR MODERNO DE JOB: C. G. JUNG

C. G. Jung y su “respuesta a Job”.

No intentaré dar aquí una reseña ni siquiera breve sobre este pensador. Sería necesariamente muy incompleta. Solo diré que Jung es un psiquiatra que vivió más o menos contemporáneamente a Sigmund Freud; que formó parte de la escuela de psicoanálisis de Freud, llegando después a ser el Presidente de la Sociedad de Psicoanálisis (marzo 1910; renuncia en 1914) creada por Freud. Aunque Jung compartía la visión más nuclear del psicoanálisis, desde el comienzo tuvo reparos a muchas de sus afirmaciones y aspectos teóricos. Lo anterior se fue acentuando a medida que el tiempo pasó y que Jung fue elaborando su propia visión de la psique. Jung renunció tempranamente a la Sociedad de Psicoanálisis, y continuó solo su obra.

Para seguir con esta presentación del autor del libro, digamos que la enorme curiosidad de Jung lo llevó a estudiar en profundidad –y muy penetrantemente– muchas corrientes espirituales y religiosas orientales y occidentales (budismo, yoga, zen, alquimia, cristianismo), llegando a ser reputado como un pensador de enorme cultura. Desde fuera, por la forma que tomaron sus escritos, ha sido visto como “un pensador gnóstico”; esto último, verdadero solo a medias, como puede colegirse de las citas que revisaremos más adelante.

Es necesario destacar que Jung escribió como un pensador “científico” en su propia definición. Pero no como un científico en el sentido de la ciencia clásica. Jung entiende a la ciencia como una disciplina más próxima a lo que por ciencia se entendía en el medioevo; la ciencia para él es espiritual –o “*ánimica*”, como más abajo veremos que afirma– primero; solo después la ciencia es “material”.

Incluso –siempre según Jung– puede considerarse al Espíritu “objeto de Ciencia”. El estudio de mitos, leyendas, y otros conjuntos de imágenes arquetípicas le mostraba que ninguna ciencia material podría reemplazar o estudiar empíricamente dichos productos simbólicos. Jung se veía a sí mismo como alguien “sabedor de la existencia del Espíritu”, pero no militante en ninguna religión. Por su postura “científica” no pretendía proclamar verdad metafísica alguna. No hizo “teología”.

Hacemos un paréntesis para adelantarnos a argumentar que lo que aquí ocurre es que faltaba a Jung la fe; y darse cuenta de cómo la fe complementa la razón, y viceversa. (Ref. Encíclica *Fides Et Ratio*; Juan Pablo II). Se extenderán estos análisis sobre Jung en

adelante –cada tanto, según las citas– en el texto del presente trabajo.

Así, para ilustrar cómo temas espirituales pueden ser objeto del estudio científico, en el prólogo del libro al que nos abocaremos, pone Jung el ejemplo de que Cristo haya nacido de una virgen. Dice:

...“los unos creen como físicamente verdadero, y los otros niegan, como físicamente imposible el hecho de que Cristo naciese de una virgen. Cualquiera puede ver que este dilema no tiene solución lógica; lo mejor sería, en consecuencia, dejar tales inútiles discusiones. Ambas partes tienen y no tienen razón, y podrían fácilmente llegar a un acuerdo si renunciasen simplemente a la palabra “físico”. El que algo sea una realidad “física” no es el único criterio de verdad. También existen verdades anímicas que no pueden ni explicarse ni probarse, pero tampoco negarse físicamente”.

Más adelante dice:

“El alma es un factor autónomo; las afirmaciones religiosas son conocimientos anímicos, que, en último término, tienen como base procesos inconscientes, es decir, trascendentales”.

Y continúa exponiendo acerca de la inefabilidad del algo que está detrás de las imágenes de los contenidos religiosos. Y agrega finalmente:

“Si, por ejemplo, decimos la palabra «Dios», damos expresión a una imagen o concepto que ha sufrido a lo largo del tiempo muchas transformaciones; pero no podemos indicar con cierta seguridad –a no ser por la fe– si estas transformaciones se refieren a los conceptos e imágenes, o si se refieren también a la realidad inexpressable” (s. n.).

Jung no es capaz de ver aquí que Razón y Fe se complementan una a la otra para realmente develar gradualmente la verdad de Dios; aunque, naturalmente, Su Esencia permanezca incomprensible para nuestras mentes finitas. Véase Apéndice b.

Avanzando en el prólogo llega a afirmar que *las afirmaciones de las Sagradas Escrituras son afirmaciones del alma* (agrega que está consciente de que dicho aserto lo hace sospechoso de psicologismo). Lo que quiere decir aquí Jung es que lo escrito por los autores bíblicos corresponde a vivencias numinosas (el hecho de encontrarse fuera de los sentidos y de la comprensión intelectual; así, son en realidad intuiciones de

imágenes arquetípicas); por lo tanto, “subjetivas”. Pero de todas formas reconoce que “en la base de estas imágenes se encuentra algo trascendente a la conciencia, y esto hace que las imágenes no varíen caóticamente y sin limitación alguna; así podemos reconocer que estas imágenes se refieren a unos pocos «principios» o arquetipos. Estos arquetipos son incognoscibles por sí mismos, lo mismo que lo son el alma o la materia; lo único que cabe hacer es diseñar modelos, de los que sabemos de antemano que son insuficientes; esta insuficiencia se halla confirmada también por las afirmaciones religiosas” (s. n.).

Lo que hace “la religión” –según Jung– es hablar de “sujetos autónomos” (las vivencias tenidas por los autores bíblicos) como objetos; estos “objetos” son los contenidos religiosos. Jung dice que en su “Respuesta a Job” volverá a tomarlos como “sujetos autónomos” –en vez de objetos– nacidos del alma o psique de quienes los experimentaron y escribieron.

Un ejemplo de la forma de analizar de Jung está en el capítulo XIII de la obra que venimos citando, *El Cristo Apocalíptico*. Lo veremos detalladamente más adelante. Ahí Jung analiza al autor del Apocalipsis (supone que es Juan, el mismo de las Epístolas). Escribe que Juan, “... sabe que, si pecamos, necesitamos de un intercesor ante Dios, es decir, de Cristo, víctima propiciatoria, aunque ya nuestros pecados han sido perdonados por razón del sacrificio de Cristo ((entonces) ¿Para qué necesitamos un abogado?)”.

Antes de seguir, adelantémonos en responder a Jung diciendo que necesitamos a Cristo como intercesor, porque la Justicia no desaparece.

Luego, continúa “analizando” al autor del Apocalipsis planteando

“... pudo fácilmente tener muchos malos sueños... Habla como si no solo conociese un estado sin pecado, sino también un amor perfecto, en contraposición a San Pablo, al que no le falta la necesaria reflexión. San Juan está demasiado seguro de lo que dice; por ello corre el peligro de una disociación. En tales circunstancias surge en el inconsciente una contraposición que puede irrumpir en la conciencia en la forma de una revelación. La revelación, cuando acontece, tendrá la forma de un mito más o menos subjetivo porque, entre otras cosas, sirve de compensación a la unilateralidad de la conciencia individual” (cf. Ref. 5, pág. 91). (s. n.).

Lo que aquí interesa mostrar es que Jung no considera el material revelado al autor bíblico libre de la subjetividad propia de quien lo escribe. Ese enfoque no es

incorrecto en rigor; pero sí lo es cuando prescinde de la omnipotencia de Dios –muy especialmente de Su Omnisciencia–, que permite a Dios hacer la obra perfecta de la Revelación incluso considerando la subjetividad del autor.

Entonces, al no ver Jung la Omnisciencia del modo como está señalado en el párrafo precedente, ese material pierde –para Jung– la propiedad de ser revelación divina. Jung afirma la omnisciencia de Dios, pero agrega repetidamente que “no la usa”

Y de este modo es donde empieza a justificar Jung el escrito sobre Job. Claro, al no admitir el “conocimiento revelado”, deja a la Biblia desprovista de la sólida base de ser “Palabra de Dios”. Así, se permite terminar diciendo que en las páginas siguientes hablará del “arquetipo de la divinidad”.

Y entonces intenta hacer una especie de “análisis de Dios”. Esto es lo que resulta absurdo. Pretende ser algo así como “psiquiatra de Yahvé”, acusándolo de “no darse cuenta” de, por ejemplo, que podría “haber creado algo mejor que «estos malos vasos de barro»” (cf. Ref. 5 pág. 18). O más adelante, cuando dice:

“Si Yahvé poseyese realmente conciencia de sí mismo –que es lo menos que podría esperarse de un hombre inteligente– se habría opuesto, a la vista de las verdaderas circunstancias, a que se alabase su justicia. Pero Yahvé es demasiado inconsciente para ser «moral»” (cf. Ref. 5 pág. 19 y 20) (s. n.).

Aparte de blasfemo, Jung parece no ver lo ridículo que resulta pensar que la conciencia pura trascendente «no se va a dar cuenta» –de lo que sea– hasta el mismo infinito de la Conciencia Absoluta. En su esencia más elevada la Conciencia es –obviamente– autoconsciente. Véase Apéndice b.

EL LIBRO “RESPUESTA A JOB”

El libro que ahora citaremos merece un análisis capítulo a capítulo; sin embargo, hacerlo significaría perder el objetivo central de comentar a Job. Por lo tanto, citaremos partes relevantes de su libro, comentando las consecuencias de sus afirmaciones –como venimos haciéndolo en el prólogo–. Lo anterior nos permitirá profundizar aún más en la comprensión del libro de Job bíblico.

Jung por encima de Dios

Al final del capítulo VI, “La Victoria de Job”, después de sostener que Dios es derrotado moralmente por Job; y

con ello queriendo decir que “es derrotado” por todos los hombres, Jung expresa que, así, “Yahvé tiene que renovarse porque su criatura lo ha superado”. Dios ha cometido una injusticia (en Job) que debe ser reparada. Entonces Jung sostiene que Dios busca encarnarse debido a ello, y así concluye:

“... la razón inmediata de la encarnación es la exaltación de Job y el fin de la misma es la diferenciación de la conciencia de Yahvé. Para llegar a esto ha sido necesaria una situación exacerbada casi hasta el extremo, una peripecia afectiva, sin la cual no se alcanza nunca un nivel superior de la conciencia” (de Dios). (cf. Ref. 5; pág. 58).

La conclusión del párrafo anterior muestra nuevamente otro absurdo planteado por Jung: el que habría –debemos deducirlo, según lo afirmado arriba– un “algo” más abarcador que Dios mismo “guía” la conciencia del mismo Dios. Un “destino superlativo” que pone a Job frente a Dios para que Dios “crezca”. Y quien lo descubre y lo muestra es Jung. Ergo: ¡Jung tiene más conciencia que el mismo Dios, ya que se ha dado cuenta de ello!

Este absurdo tan obvio nos permite sin embargo prevenir a muchos clérigos que descuidan la Doctrina Cristiana; por ejemplo, dejan de aseverar con firmeza que la Biblia es “Palabra de Dios”, dando aproximaciones de interpretaciones históricas que terminan degradándola. O, en otras ocasiones, cambiando durante la prédica alguna palabra clave del texto, acomodándola a concepciones propias, en vez de ajustar la prédica a lo expresado textualmente en la Biblia; quizá morigerando o interpretando lo expresado, pero no anulándolo. En una reciente homilía el sacerdote lisa y llanamente cambió: «Llega la venganza, la represalia de Dios, Él mismo viene a salvarlos» (Cf: Isaías 35, 1-6), diciendo que el Dios del Amor no puede vengarse. Un buen ejemplo de marcionismo (ver sobre “Marcionismo”, el punto 3 de las Conclusiones) dentro del púlpito, y de modificar una expresión bíblica que cobra sentido puesta ahí, mostrando que la Justicia no está ausente en el obrar de Dios, aun contando con su misericordia. Anulada así la expresión del pasaje bíblico, se transforma todo en “plano”–y el fantasma de la “negación del pecado” hace su aparición–. Es necesario comprender que Misericordia sin Justicia hace que la misma misericordia quede infravalorada.

Afirmamos lo anterior porque podemos ver que Jung representa el extremo de dicha falta de firmeza en sostener los pilares fundamentales que se han establecido en los diferentes Concilios; en estos hay que tener

fe en que Dios ha estado inspirando a los participantes para construir una doctrina perfecta.

Estoy consciente que esta última afirmación podrá ser vista como “fundamentalista”, por afirmar “perfección” en la doctrina cristiana, como se afirma también de modo semejante para la Biblia.

Pero es bueno ver que se tiende a extender el concepto de “fundamentalismo” como siendo este “la lectura bíblica literal”, despreciando dicha lectura porque no está afinada en la visión histórica. Lo anterior, sin comprender que para Dios lo “histórico” tiene un valor muy menor y relativo, ya que Dios, por Su Omnisciencia, ha podido prevenir “lo histórico” cada vez, cuando ha inspirado a los autores bíblicos.

Ver más adelante en *¿Sirve de algo este libro de Jung?, 5*, algo más sobre la visión errada de “fundamentalismo” que suelen tener algunos presbíteros.

Incluso el Papa Francisco se refiere a ese exceso de celo en acusar de fundamentalismo cualquier cita textual, en la Homilía expuesta en la Casa Santa Marta, el 22 de abril de 2013, cuando dice que algunos le acusan de fundamentalista por leer literalmente a Cristo en lo expresado en el pasaje bíblico: “*Jesús le contestó: Yo soy el camino, la verdad y la vida. Solamente por mí se puede llegar al Padre.*” (cf. Juan 14, 6) complementado con: “*Entonces Jesús dijo: «Les aseguro que el que no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que se mete por otro lado, es ladrón y bandido.*” (cf. Juan 10, 1 y sig.). Como adelantábamos, el Papa Francisco resume el pasaje afirmando que lo podrán acusar de fundamentalista por la homilía que realiza. Así, expresa literalmente el Papa que podrán decir de él: “*Padre, usted es un fundamentalista. No, simplemente esto lo dijo Jesús: ‘Yo soy la puerta’.*” O sea, que el que no va al Padre a través de Jesús es un “*trepador*” y un “*ladrón*”, como afirmó a continuación también el Pontífice.

Entonces, volviendo a la Biblia, aseveramos que incluso todo aquello que pudiera parecer “errado o anticuado” en la Biblia, Dios lo anticipó siempre, dando lugar tanto a que en cada pasaje a que ello pueda dar lugar se comprenda fácilmente el papel del contexto histórico, como también a que aún pueda leerse simbólica o alegóricamente el pasaje en cuestión, y con ello entregar todavía una Verdad Eterna a través de este.

En suma –poniendo todo lo anterior en un lenguaje teológico-filosófico– creemos que la realización de una hermenéutica anagógica será siempre más conducente a Dios –y nos elevará más– que una hermenéutica histórica. En otras palabras, ello significa que la interpretación de las Escrituras que incorpora el símbolo y el misticismo que este conlleva en sí mismo hace menos pedestre la palabra bíblica; así, favoreciendo

en el oyente la obtención de un estado de conciencia más holístico y místico; y así trascendente a la vida práctica y cotidiana –ésta, de suyo rutinaria, monótona y pesada–.

Sin embargo, no se entienda mal lo expresado: vemos como necesaria, útil e indispensable la exégesis histórica. Sin perjuicio de que, hecha la anterior exégesis, se avance luego un paso más hacia la exégesis mística o simbólica.

Según Jung, Yahvé carece de justicia

En la página 80 del libro que venimos citando, del *capítulo XI, “La visión de Exequiel y la de Enoc”*, Jung afirma:

“No es casual que se ensalce tanto precisamente la justicia, pues es una propiedad de la que carece Yahvé; lo que sin duda no se le ocultó a un hombre como el autor del Libro de Enoc” (cf. Ref. 5 págs. 80 y siguientes).

Luego critica a Dios por la creación de Leviatán y Behemot –que por ser “*cueros del delito*” de Yahvé– serán después descuartizados y devorados, queriendo expresar al parecer que son algo como los errores de un Dios desconsiderado.

Jung no ve ahí que “para crear un Mundo hay que poner de todo”. Es claro además que Dios creó un mundo en evolución. Esa “evolución” es y ha sido libre, no amarrada por Dios. El Paraíso, y el Cielo, y la “Nueva Tierra” posapocalipsis son algo diferente.

Luego destaca afirmaciones del Libro de Enoc (libro que no se encuentra dentro del Canon de los libros de la Biblia Cristiana –sí en la Biblia Copta– aunque encontramos el personaje Enoc bíblico nombrado en varios pasajes bíblicos como por ejemplo en 1 San Judas 1:14) en que aparece prefigurada la justicia que Cristo traerá al mundo. Así, más abajo agrega:

“La justicia que ha de reinar bajo el dominio del hijo es ensalzada de tal manera, que se tiene la impresión de que antes, bajo el dominio del Padre, era la injusticia la que prevalecía, y que solo con el hijo comenzará el tiempo de la justicia. Parece como si Enoc diese aquí inconscientemente una respuesta a Job” (cf. *Ibidem*).

Jung es incapaz de ver que la supuesta injusticia del A. Testamento era y es nuestra propia injusticia e ingratitud de seres humanos: consistía en estar enrostrando permanentemente a Dios –con la rebeldía consiguiente– que él es Dios y nosotros solo estas criaturas

ínfimas. Jung no está considerando el “devenir de los tiempos” (devenir, para nosotros los hombres, no para Dios) y con ese devenir la necesidad de una justicia infinita que justamente vendría con Cristo.

Claro, al ser sometido Jesucristo a la injusticia infinita de su Pasión y Crucifixión final, comienza a reinar luego –consiguientemente– Justicia plena. En las conclusiones nos extendemos en este punto (véase también Apéndice a).

El marcionismo jungiano

En el Capítulo II “Yahvé y el pensamiento de duda”, deja ya caer Jung lo que será su completa irreverencia sobre Dios. Dice:

“Este Dios se confesaba a sí mismo (Dios del A. T. cuyo drama culmina en Job, para Jung) que la cólera y los celos lo desgarraban, y que al darse cuenta de esto era para él algo doloroso”... “Una situación tal solo puede calificarse de amoral” (cf. Ref. 5 entre pág. 21 y 35). Y dice más adelante que su voz será la de muchos que representan “al hombre de hoy”. Que desea que “hable el estremecimiento provocado por la ferocidad y desconsideración divinas”.

Frente a la respuesta que Job da en 40.1 – 40.5, en que aparece Job diciendo que prefiere “ponerse la mano ante la boca” y que no añadirá nada, Jung replica: “Job no puede negar que se encuentra ante un Dios al que no le importa el juicio moral y que no reconoce ninguna ética que lo ligue a él”... “La bondad de Yahvé se presenta a Job con la misma certeza que su maldad”.

Creemos que bastan las citas anteriores (en realidad me avergüenza continuar incluyendo citas ignominiosas tan ajenas a mi propio punto de vista) para ver el profundo desatino de Jung. Definimos aquí la postura de Jung como “marcionismo” ya que –como puede comprenderse– la postura de Jung corresponde bien con una de las primeras herejías del cristianismo.

Lo confirma en la afirmación de la página 35, cuando dice:

“El drama se ha consumado para toda la eternidad; la doble naturaleza de Yahvé se ha puesto de manifiesto, y alguien o algo la ha visto y la ha registrado” (s. n.).

Así, es claro: para Jung Dios es “Doble”, o sea equivalente al demiurgo gnóstico, “malo y cruel” en el A.T.; “bueno y compasivo” en el N.T.

Visión de Jung del demonio, y sobre la redención de Cristo

No sería justo concluir los comentarios sobre la *“Respuesta a Job”* de Jung, sin incluir el capítulo VIII Cristo y Satán; y el capítulo IX, El Paráclito.

Lo anterior debido a que en *Cristo y Satán* Jung resume bien la forma en que ve la acción del demonio en el mundo. Y nos permite fundamentar más acabadamente *por qué planteamos que Jung se constituye en “el defensor de Job” del mundo contemporáneo*. Además, lo anterior rehabilita en cierto modo a Jung respecto de sus afirmaciones muy desmedidas e ignominiosas, revisadas previamente en este artículo.

Adicionalmente muestra que –irreverente y todo– Jung, no se guarda lo que cree verdadero, tal como Job lo hizo, y lo escribe en su libro. Así, dice Jung en la página 63 del libro en cuestión:

“Al recordar los actos anteriores de creación, uno se admira de que Satán siga todavía interviniendo en todos ellos con su influencia subversiva; en todas partes siembra cizaña entre el trigo. Se podría sospechar que intervino en la matanza de niños realizada por Herodes. Es seguro que intentó seducir a Cristo para que interpretase el papel de un soberano terreno. Igualmente, claro es, como se deduce de las afirmaciones del poseso (se refiere sin duda, al episodio del endemoniado de las tierras de Gerasa (Marcos 5:7; San Lucas 8:28)) que estaba informado acerca de la naturaleza de Cristo; también parece haber sido él el inspirador de Judas, aunque no pudo influir en el esencial holocausto de Cristo, ni evitarlo” (ref. 5 pág. 63).

Reafirma Jung lo anterior más adelante en el mismo texto de la página citada, cuando agrega que el demonio es ahora relativamente ineficaz entre otros motivos porque Cristo percibió “un extraño acontecimiento metafísico... Cristo vio cómo Satán caía del cielo como un rayo (alude de seguro a San Lucas 10:18). Esta visión se refiere a la entrada en el tiempo de una realidad metafísica, es decir, a la separación histórica, definitiva por el momento, de Yahvé de su tenebroso hijo”.

Agregando más adelante en el texto:

“Satán ha sido desterrado del cielo y ya no tiene ocasión de convencer a su Padre a que se lance a empresas problemáticas”.

Es decir, como lo venimos sosteniendo, Jung ve al demonio como el causante de que Job sea probado

por Yahvé. Ya demostramos más arriba que esto es un error. El problema es que este error es reproducido en los comentarios a Job de la moderna versión bíblica, la Biblia BNP.

Más adelante Jung confirma lo expresado con afirmaciones como:

“Satán ha perdido sin duda la benevolencia de su Padre y ha sido enviado al exilio”.

Finalmente concluye:

“A consecuencia de esta relativa coartación de Satán, Yahvé se ha identificado con su aspecto luminoso y se ha convertido en un Dios bueno y en un Padre amoroso. Es cierto que no se ha despojado de su cólera, y que puede castigar; pero lo hace con justicia”.

Luego insiste Jung en blasfemar respecto de que Yahvé “pueda volver sobre sus antiguos caminos” (¡del castigo injusto!), y que por esto Cristo introduce en el Padrenuestro la sexta petición: “No nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal”.

En el capítulo IX, El Paráclito, Jung diferencia a la religión Protestante de la Iglesia Católica en que la primera no tiene por autoridad sino a la Biblia; lo anterior fundamentado en que es un acontecimiento histórico único la encarnación de Dios, y así no habrá otra revelación del Logos. La Iglesia Católica por su parte “heredera y continuadora directa del cristianismo histórico, se muestra un poco más cauta, pues acepta que el dogma puede seguir desarrollándose y desplegándose con el apoyo del Espíritu Santo” (ref. 5; pág. 67).

A continuación, dice que Cristo recuerda a sus discípulos que se les ha dicho: “*Sois dioses*” (como está puesto en San Juan 10:34 y Salmo 82:6). Desde ahí se extiende a considerar que Cristo “pensaba, pues, en una realización continuada de Dios en sus hijos, es decir, en sus hermanos de espíritu, pues dice que sus obras no han de ser consideradas necesariamente como las mayores”. Jung relaciona entonces el “sois dioses” con la acción deificadora del Espíritu Santo.

Lo expresa así: “La actuación inmediata y continua del Espíritu Santo en los hombres llamados a la filiación divina significa de facto una encarnación progresiva”. Y algo más adelante agrega que si bien perjudica a los hombres no ser engendrados por el Espíritu Santo ni ser hijos de una virgen, sino tener en realidad un origen inferior de la especie de los mamíferos; ello “no merma de manera alguna su esperanza de poseer en el futuro un lugar de honor en la corte celestial, ni merma

tampoco su capacidad de realizar obras milagrosas” ya que “participan de la sangre de Cristo y comen su carne, lo cual significa algo más que una simple adopción”. Luego continúa extendiéndose en la doctrina cristiana de la Redención.

Aunque lo recién expuesto sobre la redención aparece esencialmente correcto, se desvía antes, al volver a insistir en la injusticia que Dios cometió con Job; al ser así, “Dios tiene que sufrir a causa del hombre, lo mismo que el hombre sufrió a causa de Dios”. Así, según Jung, a través de Job ha sufrido toda la humanidad. La encarnación de Dios en Cristo está justificada así por lo ocurrido a Job, para Jung.

Al final del capítulo que venimos citando vuelve a blasfemar al culpar a Yahvé de haber dado libertad al hombre, pero con una limitada conciencia. Así, “... con ello expone al hombre a una peligrosa autonomía. Ello no sería demasiado peligroso si el hombre tuviese que tratar con un creador bondadoso (!). Pero Yahvé no tiene en cuenta a su hijo Satán, ante cuya astucia llega a sucumbir él mismo a veces” (¡Dios sucumbiendo ante la astucia del demonio!). “¿Cómo puede esperar Dios que el hombre con su limitada conciencia y con su imperfecto saber actúe de una manera mejor? (ref. 5 págs. 69 y 70).

Concluimos aquí que Jung en su exposición no considera el Pecado Original, es decir “el pecado de la raza humana” que San Pablo resume en Romanos 5:10, diciendo que todos somos solidarios de una rebeldía contra Dios que trae sus consecuencias de generación en generación. Además, como lo expresa en Efesios 2:12, ninguno de nosotros es por naturaleza hijo de Dios, sino que a todos nos hace falta una reconciliación. Dios da el primer paso para salvarnos “en Cristo” (condensado de ref. 3; pág. 11).

Del amor y el temor. Lo que Jung dice

En el capítulo XV del mismo libro, “Amor y temor”, Jung expresa algo importante para la comprensión de la psicología de muchos de los que somos cristianos: la dificultad en mantenernos “buenos” de modo permanente. Pero, nuevamente, es muy unilateral en su planteamiento. Así, dice, refiriéndose a San Juan (autor de uno de los Evangelios, de las Epístolas, y del Apocalipsis):

“... probablemente era una autoridad y tenía que llevar una vida ejemplar y dar a su comunidad ejemplo de las virtudes cristianas de la fe ortodoxa, de la humildad, de la paciencia, de la entrega, del amor desinteresado y de la renuncia a todos los placeres del mundo. A la larga esto puede

ser demasiado aún para el mejor de los hombres. La inestabilidad, el mal humor y los arrebatos afectivos son los síntomas clásicos de la “virtuosidad” crónica (no sin razón, Cristo dio al apóstol el sobrenombre de “hijo del trueno”). Cita a continuación a 1 Juan 4, 7-21.

Y empieza a confrontar las afirmaciones de dicha cita con otras varias del Apocalipsis como “el que quiere arrojar a Jezabel en la cama y hacer morir a sus hijos” (Apocalipsis 2, 22) el “odio a los nicolaítas” (Apocalipsis 2, 6), afirmaciones que –expresado al modo que quiere Jung– el propio Juan estaría poniendo en boca de Dios en su Apocalipsis. Al respecto, consecuente con la psicología que él mismo acuñó, Jung precisa:

“Mas seamos psicológicamente exactos: no es la conciencia de San Juan la que imagina estas fantasías, sino que estas irrumpen en ella en una «revelación» violenta, la asaltan con una vehemencia no querida y no esperada, y con una intensidad que, como ya hemos indicado, sobrepasa todo lo que podría esperarse normalmente como compensación de una actitud de conciencia un poco unilateral”. Digamos que Jung aclara más adelante que ve a Juan como “un hombre apasionadamente religioso, con una psique normal en lo demás”.

Y agrega todavía:

“Puede decirse que, precisamente porque San Juan amaba a Dios y hacía lo posible por amar a sus prójimos, le fue concedida la «gnosis», el conocimiento de Dios, y que, al igual que Job, vivió el tremendo carácter terrorífico de Yahvé. Así vio que su evangelio del amor era unilateral, y lo completó con el evangelio del temor: Dios puede ser amado y debe ser temido” (subrayado de Jung).

Todo lo anterior lleva a Jung a plantear que San Juan presintió “el nacimiento de Cristo en el hombre”, como, también según Jung, lo presintieron mucho después los alquimistas, y el “maestro” Eckhart.

Finalmente, afirma que en su Apocalipsis San Juan esbozó “el programa de todo el eón de los peces con su dramática enantiodromía y su oscuro fin, que todavía no hemos vivido, y ante cuyas posibilidades verdaderamente apocalípticas el hombre se estremece”. Y concluye:

“San Juan sabe también que en el pleroma divino existe eternamente el fuego, que atormenta al diablo. Dios tiene un doble aspecto terrible: el mar de

la gracia choca contra un ardiente lago de fuego y la luz del amor ilumina un oscuro ardor, del que se dice *Ardel non lucet*. Este es el evangelio eterno (en contraposición al evangelio temporal): Dios puede ser amado y debe ser temido” (ref. 5, pág. 109).

El que Jung repita en el texto la afirmación arriba reproducida hace evidente que para él es lo nuclear de todo su análisis. Antes aseveraba que *“Cristo no es un vencedor absoluto y total”*, y todo el resto del texto busca confirmar ello.

Digamos que ese modo de caracterizar a Cristo –y a Dios– es incorrecto. Cristo vence “por el Amor”. Dicho triunfo tiene “un tiempo” de fragüe (necesariamente más o menos prolongado) en las conciencias de nosotros los hombres. De hecho, la Biblia dice “Cristo tiene que reinar hasta que Dios haga de sus enemigos estrado de sus pies” (Salmo 110, 1). Así, el Apocalipsis es más “la espada de Damocles” suspendida sobre nuestras cabezas advirtiéndonos de nuestro destino al no convertirnos a Cristo, que una predicción inamovible (ver Apéndice c). En otras palabras, es mejor considerar el Apocalipsis de Juan más como admonitorio que como premonitorio; es decir, como la descripción de aquello que nos espera si somos incrédulos –una advertencia si no nos convertimos; si no reconocemos a Cristo como el Hijo de Dios, como el Salvador que ha venido a rescatar al mundo del Maligno–, y no como un destino obligatorio para toda la humanidad.

Con respecto a la dualidad de la conciencia humana que compensa siempre con el contrario toda expresión excesivamente marcada hacia un lado de los opuestos (la bondad, por ejemplo que será compensada con “irritabilidad”; u otro escape emocional), recordada por Jung en múltiples pasajes como lo hace en este capítulo al referirse a San Juan. Para responder a ello, cabe aquí recordar la respuesta de Cristo a sus apóstoles cuando éstos le preguntan “entonces, ¿quién podrá salvarse?”, dada en aquel pasaje bíblico en que Jesús compara la dificultad de entrar al reino de los cielos con la dificultad que tendría un camello pasando por el ojo de una aguja (San Marcos 10, 25 – 27; San Lucas 18, 25 – 27): “Jesús les contestó: Lo que es imposible para los hombres es posible para Dios”. Es decir, Dios mismo –en su Omnipotencia– es quien nos apoya desde lo invisible para conseguir mantener ciertas posiciones de conciencia (y las conductas consiguientes) imposibles de sostener por cada uno de nosotros. (Ver Apéndice f).

Sin embargo, este autor coincide con Jung en la necesidad de tener en cuenta el eventual castigo divino en muchas circunstancias. Como más arriba adelantamos, la misericordia pierde su valor si descartamos el

castigo (ver Apéndice a). El “temor de Dios” ha estado en exceso desacreditado, reduciéndolo a un mero “respeto” o semejante. Se ha hipertrofiado la misericordia. El temor de Dios es esencial para conculcar nuestra in-sustancialidad básica.

CONCLUSIONES

En suma, diremos: el libro *“Respuesta a Job”* de C.G. Jung ofrece varias interesantes interrogantes para cualquier lector preocupado por la escatología y por indagar en la relación entre el hombre y Dios. El problema es que muchas de las conclusiones extraídas por Jung, de aberrantes terminan por convertirse en blasfemas.

Enumeraremos algunas, relacionadas con el libro de Job.

1. Jung afirma que Dios habría “aprendido” de las pruebas de Job. Desde ahí en adelante, Dios habría estado interesado en encarnarse.
2. Jung plantea que el demonio es un gran adversario para Dios. Y no, “adversario para nosotros los hombres”, como debe ser entendido; para ello teniendo claro que Dios nos ha hecho libres.
3. Jung hace responsable a Dios de “su obra imperfecta”, que somos nosotros los hombres. Jung es incapaz de ver que –como está expresado ya– no somos marionetas de Dios. O sea, de ver que somos responsables de nuestro destino; tenemos los recursos para serlo. Claro, al ser de este modo, Dios nos entrega de mil maneras, durante nuestra existencia, las herramientas necesarias para salvar nuestra alma; o apoya indirectamente el buen camino que llevamos (véase Apéndice d). Dios no pretendió hacernos seres perfectos sino “seres en perfeccionamiento”. La obra es “toda de Dios y toda nuestra”, como afirmaba San Alberto Hurtado.

Si una vida es breve, tenemos fe en que después de la muerte –en el purgatorio– tendremos las posibilidades de expiación que no tuvimos acá.

La herejía que Jung –a conciencia o no– reproduce, debe su nombre a Marción, teólogo que vivió entre el 85 – 150 d.C. Fue excomulgado por la Iglesia. El rechazo que Marción mostraba al Dios del Antiguo Testamento suponía también un rechazo de la obra de Dios: la Creación; por lo cual predicaba que la materia y el cuerpo eran en esencia malos. Veía a Cristo como esencialmente diferente al Padre. Dos dioses diferentes: El del A.T. y el del N.T.

Consignemos que, percibiendo probablemente Jung que su descripción es muy semejante a la gnós-

tica, agrega, precaviendo una posible comparación: “Con esto no queremos decir, naturalmente, que Yahvé sea imperfecto o malo, como un demiurgo gnóstico. Yahvé es toda propiedad en su totalidad; es decir, es, por ejemplo, la justicia absoluta, pero también lo contrario, y esto igualmente de manera total”.

Con esta última afirmación Jung demuestra no darse cuenta que está aplicando la dualidad sobre el Absoluto; es decir, sobre lo indivisible, incognoscible, e incomprensible por esencia. Más aún, está haciendo dicotómico lo que es Unidad Absoluta (véase Apéndices b y e).

¿SIRVE DE ALGO ESTE LIBRO DE JUNG?

Se preguntará el lector si vale la pena extender las citas de este libro. Sostengo que es innecesario extenderlas más, en realidad.

¿A qué traer entonces este escrito de Jung?

1. Lo traemos porque representa el extremo al que pudiera llegar el error en el análisis de lo vivido por Job si no se entiende que Job no ha sido sometido a una injusticia extrema –como cree equivocadamente Jung– sino que, con lo expuesto por Elihu y el discurso de Dios, es nítido que Job precisaba la prueba para coronar su santidad.
2. Permite dejar claro que –como los católicos lo afirmamos en cada Eucaristía– Dios “el Tres veces Santo”, se encuentra por encima de cualquier “sesudo” enfoque gnóstico o pseudognóstico sobre la Divinidad; enfoque que por sus características deja fuera la necesaria Fe sumada a la Razón
3. Aclara más aún que Job prefigura a Cristo, como lo expone la Carta Apostólica *Salvifici Doloris*. Pero solo Jesucristo recibe una “injusticia infinita” que luego de su Resurrección lo confirma como Salvador. Al ser Cristo ensalzado y glorificado por el Padre, por esa misma máxima injusticia, es reconfirmado como el Mesías, y el Salvador que hará Justicia en su Segunda Venida. Al ser sometido Cristo a la “infinita injusticia” de su crucifixión, la Justicia vuelve en su majestad sobre los hombres porque ahora Dios mismo comparte el destino de los hombres; pero lo comparte en su extremo. Ahora, entonces, es posible la “Misericordia-Justicia”: Antes no era posible porque los hombres eran más próximos a la animalidad (muy injustos ellos mismos; cercanos a “la ley del más fuerte”; es decir sin “una ley interna”). Por lo anterior, Dios decretaba una Ley externa o Tabla de Mandamientos. Al entrar Cristo en nosotros los hombres, la “Ley” es comprendida. Dicho de otro modo, la “ley externa” de los mandamientos es incorporada como justa (véase también el Apéndice a).
4. Permite transparentar que es muy importante refutar lo arriba expuesto acerca de los comentarios de la Biblia BNP. Es extraña coincidencia que el planteamiento de que Dios actúa solamente por la sugerencia del demonio –que justamente permite a Jung criticar a Yahvé de manera tan arbitraria como soez– sea el mismo planteamiento que la Biblia BNP da por cierto sin cuestionárselo.
5. Deja firmemente asentado que todo enfoque de la Biblia sin considerarla “Palabra de Dios”, puede llevar a descomunales aberraciones. Digamos aquí que algunos presbíteros se han desviado en este punto. Tienen un concepto de “fundamentalismo” equivocado, planteándolo como la falta de inclusión del contexto histórico en la Biblia como cuestión esencial, y no viendo al fundamentalismo como lo que en realidad es: la literalización de la Biblia –que excluye la necesaria exégesis interpretativa–. El concepto errado de fundamentalismo –extendido especialmente a definirlo como no poner la Biblia en su contexto histórico, como lo principal– contribuye a la desviación de algunos clérigos.
6. Muestra que Jung, sin la luz de la fe, se extravía por completo al punto de considerar a Job como un verdadero héroe que “enmienda la plana” a Dios.
7. *Hace evidente que Jung, detenido como está en no darse cuenta de que es la libertad en que Dios nos deja la que implica la toma, o no, por cada uno, del camino del bien; al no darse cuenta de ello Jung acusa entonces a Dios de imperfecciones. Jung se pone por sobre Dios.*
8. Jung no ve entonces que: Al bien corresponde la comunión –por el Amor– con la fuente de todo bien: Dios. Al mal, libremente tomado por cada hombre, corresponde la destrucción (véase Apéndice b).
9. Tampoco reconoce Jung que: A través del kerigma de la Palabra, Evangelios mediante, Cristo mediante, Eucaristía mediante, e iluminados o esclarecidos por el Espíritu Santo, vamos ampliando nuestra conciencia. Lo reiteramos una vez más: No somos marionetas de Dios: tomamos gradualmente conciencia mayor o menor –Dios esto lo monitorea hasta el infinito detalle mostrándonos cada paso que damos en nuestra conciencia de una y mil maneras– de un camino que es de Salvación, o de perdición. La Justicia sanciona aquello, sin olvidar Dios su Misericordia, nunca exenta por completo de justicia (véase Apéndice a).
10. La Gracia de Dios es constante: nosotros debemos responder a ella, sin embargo (véase Apéndice d).

EPÍLOGO

Leer *Respuesta a Job* de Jung permite el ejercicio de criticar a Jung; y también profundizar en la comprensión del significado del Libro de Job. Pero, como expresaba el punto 2 de la Introducción de este trabajo, permite además darse cuenta de que, si dialogamos con Dios abiertamente –de modo respetuoso, idealmente como el Job del final del libro bíblico, no blasfemando como Jung–, el resultado será esclarecer más aún nuestra conciencia, siempre.

Dios deja claro que no le gustan las defensas formales, como las de los amigos de Job.

O sea, no le gustan las defensas del mismo Dios en que nos guardamos nuestro verdadero sentimiento, aunque sea en conflicto con Dios. Si somos valientes en plantearle nuestras diferencias, o lo que nos está pasando, ganaremos en la autenticidad de nuestro ser.

Lo que estamos afirmando acá es muy relevante en el mundo actual en que muchas personas funcionan –al interior de la Iglesia, queremos decir– con tanta hipocresía. Así, parecemos creer a veces que Dios no ve nuestra profundidad cobarde, o cómoda, o egoísta, u orgullosa, o vanidosa, según el caso. O que Dios no ve nuestra Fe precaria.

De dicho modo, terminamos viviendo como maquetas de nosotros mismos. “Maquetas”, ya que, junto con negarnos a nosotros mismos al falsificar nuestro verdadero sentir, buscamos asemejarnos burdamente a un ideal que no reverbera realmente en nuestra alma. Así, forzamos irresponsablemente nuestra conducta exterior queriendo autoconvencernos de un vivenciar que no nos interpreta, a través del expediente de tratar de convencer a los demás. Pensamos: “¡Si los demás nos

creen entonces debemos tener algo de lo que en realidad teatralizamos!”. Resultado: nos quedamos afuera de nuestro Yo profundo.

Job es, pues, un maestro de honestidad en expresar su sentir. Equivocado y todo, no se guardó nada. Así, Job nos alecciona a cada uno a que en todo diálogo que tengamos con Dios corramos el riesgo incluso de estar muy equivocados –pero sí manteniendo nuestra humildad–; teniendo fe en que Dios, con su infinita sabiduría, sabrá mostrarnos, incluso con dureza, pero nunca con brutalidad –a menos que también nosotros lo seamos, y tengamos “cuero duro”–, nuestros errores y vanidades, cobardías, inautenticidades, orgullosos, envidias, etc.

La voz de Elihú es la voz del sacerdote perspicaz que nos muestra en la Confesión nuestras incongruencias; es también la voz del psicólogo penetrante que nos muestra nuestras debilidades e inconsecuencias; o la del psiquiatra que con el análisis de un sueño nos hace una radiografía de nuestro estado actual y/o del que teníamos cuando niños o adolescentes.

En fin, Elihú es la voz de cualquier hijo de Dios que nos hace una crítica penetrante y constructiva.

REFERENCIAS

1. Las Biblias (con sus notas al pie) consultadas se encuentran al interior del texto en el acápite “fuentes de este trabajo” (Pág. 6)
2. Apéndice a). “Justicia, perdón y misericordia”. Del Autor. 2007
3. Apéndice b). “Fe, conciencia y verdad”. Del autor. 2009
4. Apéndice c). “¿Apocalipsis, ahora ya?”. Del Autor. 2011
5. Apéndice d). “Gracia y gratitud”. Del autor. 2012
6. Apéndice e). “Homosexualidad, biblia y arquetipos, familia”. Del autor. 2003
7. Apéndice f). “Fenomenología de la transferencia”. Del autor. 1992